

HISTORIA  incógnita

JESÚS HERNÁNDEZ

OPERACIONES SECRETAS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Conspiraciones, agentes secretos, contraespionaje, golpes y sabotajes



HISTORIA  incógnita

JESÚS HERNÁNDEZ
OPERACIONES SECRETAS
DE LA SEGUNDA
GUERRA MUNDIAL

Conspiraciones, agentes secretos, contraespionaje, golpes y sabotajes

 nowtilus
sober

Operaciones Secretas de la Segunda Guerra Mundial

Conspiraciones, agentes secretos,
contraespionaje, golpes y sabotajes

Operaciones Secretas de la Segunda Guerra Mundial

Conspiraciones, agentes secretos,
contraespionaje, golpes y sabotajes

JESÚS HERNÁNDEZ



Colección: Historia Incógnita

www.historiaincognita.com

Título: Operaciones secretas de la Segunda Guerra Mundial

Autor: © Jesús Hernández

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-9967-265-6

Fecha de edición: Noviembre 2011

Impreso en España

A mi hijo Marcel

Índice

Introducción

PARTE I. GOLPES DE MANO

Capítulo 1

Operación Archery: Asalto a la fortaleza de Hitler

UNA NUEVA FUERZA DE COMBATE

DECEPCIONANTE DEBUT

EL PRIMER ÉXITO

RUMBO A NORUEGA

SORPRESA TOTAL

ASALTO A VAGSOY

ALIMENTAR LA ESPERANZA

Capítulo 2

Operación Biting: A la caza del arma secreta germana

LA GUERRA DE LAS ONDAS

A LA CAZA DEL RADAR

PREPARANDO EL ASALTO

COMIENZA LA MISIÓN

MISIÓN CUMPLIDA

Capítulo 3

Operación Chariot: Asalto al puerto de Saint-Nazaire

PROTEGER EI *TIRPITZ*

OBJETIVO: SAINT-NAZAIRE
INCURSIÓN EN EL ESTUARIO
IMPACTO CONTRA LAS ESCLUSAS
BATALLA EN LOS MUELLES
REEMBARQUE IMPOSIBLE
UNA ÚLTIMA SORPRESA

Capítulo 4

Operación Chastise: «Después de mí, el diluvio»
LA CUENCA DEL RUHR
UN GUIJARRO SOBRE EL AGUA
PRIMEROS ENSAYOS
PRECISIÓN QUIRÚRGICA
LA PRUEBA DEFINITIVA
TRES FORMACIONES
ATAQUE A LAS PRESAS
«DESPUÉS DE MÍ, EL DILUVIO»

PARTE II. ATENTADOS Y SECUESTROS

Capítulo 5

Operación Flipper: Rommel, vivo o muerto
UN LÍDER CARISMÁTICO
OBJETIVO: ROMMEL
UNA OPERACIÓN ARRIESGADA
DESEMBARCO ACCIDENTADO
EN TERRENO ENEMIGO
LLEGADA A BEDA LITTORIA
EL ASALTO FINAL
LA HUIDA
ENTIERRO CON HONORES MILITARES
UN FIASCO ABSOLUTO

Capítulo 6

Operación Antropoide: Heydrich debe morir

CHECOS EN EL EXILIO

OBJETIVO: HEYDRICH

LA OPERACIÓN EN MARCHA

PREPARANDO EL ATENTADO

EL MOMENTO DECISIVO

TRASLADO AL HOSPITAL

OPERACIÓN DE BÚSQUEDA

SE ROMPE EL SILENCIO

ASALTO A LA IGLESIA

LÍDICE, UN PUEBLO MÁRTIR

UN PRECIO DEMASIADO ALTO

Capítulo 7

Operación Vengeance: El desquite de pearl Harbor

LA TRAMPA DE MIDWAY

UN DILEMA MORAL

ADMIRADOR DE ESTADOS UNIDOS

UNA OPERACIÓN DE GRAN IMPORTANCIA

ENCUENTRO CON LA MUERTE

LA MISIÓN, UN ÉXITO

UNA LARGA CONTROVERSIA

Capítulo 8

Operación Zeppelin: Stalin es el objetivo

UN RUSO DISPUESTO A COLABORAR

INSTRUCCIÓN AVANZADA

TRANSFORMÁNDOSE EN TAVRIN

LUZ VERDE AL PLAN

ATERRIJAJE EN EL CAMPO

RUMBO A MOSCÚ

Capítulo 9

Incursión en Creta: El secuestro de un general

UN AVENTURERO ROMÁNTICO

UNA PROPUESTA DESCABELLADA

COMIENZA LA MISIÓN

AL ACECHO DEL GENERAL

EL SECUESTRO

REPRESALIAS ALEMANAS

PENOSA TRAVESÍA

LLEGADA A EL CAIRO

PARTE III. ESPIONAJE Y CONTRAESPIONAJE

Capítulo 10

«A-54»: El agente de los mil nombres

PRIMERA ENTREVISTA

UN VIAJE ARRIESGADO

LA TRAICIÓN DE MÚNICH

CHECOSLOVAQUIA, OCUPADA

ESTALLA LA GUERRA

LOS TRES REYES

A-54, DESCUBIERTO

SU ÚLTIMO NOMBRE

Capítulo 11

«El hombre que salvó Londres»

UNA RED DE INFORMADORES

IMPORTANTE DESCUBRIMIENTO

MÁS CONSTRUCCIONES

EL ROBO DEL PLANO

EL MOMENTO MÁS ARRIESGADO

COMPLETANDO EL ROMPECABEZAS

OPERACIÓN CROSSBOW
LAS PRIMERAS BOMBAS VOLANTES
HOLLARD, CONDECORADO

Capítulo 12

Operación Most III: Cómo conseguir un cohete V-2
EL INFORME OSLO
EL ARMA DEFINITIVA
OPERACIÓN HYDRA
SABOTAJE
TRASLADO A POLONIA
UN OPORTUNO ACCIDENTE
ENSAYOS CON LAS V-2
UNA V-2 INTACTA
LA OPERACION MOST III
MOMENTOS DRAMÁTICOS
UN ESFUERZO INÚTIL

Capítulo 13

Eric Erickson: Un sueco en la «lista negra»
ÉXITO EN LOS NEGOCIOS
IMPORTACIÓN DE PETRÓLEO
REUNIÓN CON HIMMLER
UN PLAN ARRIESGADO
UNA INFORMACIÓN MUY ÚTIL
MOMENTOS DE PELIGRO

PARTE IV. MISIONES AUDACES

Capítulo 14

El *raid* de Alejandría: Los italianos demuestran su valor
MOMENTO CRÍTICO PARA LA ROYAL NAVY

OBJETIVO: ALEJANDRÍA
TORPEDOS TRIPULADOS
SEIS HOMBRES Y UN DESTINO
VIAJE EN SUBMARINO
COMIENZA LA OPERACIÓN
COLOCANDO LAS MINAS
EXPLOSIONES EN EL PUERTO
DECISIÓN ERRÓNEA DE MUSSOLINI
«UN EJEMPLO DE VALOR»

Capítulo 15

Operación Frankton: La audacia navega en canoa
EL PUERTO DE BURDEOS
LA PATRULLA TRUENO
UNA PELIGROSA AVENTURA
BOTES AL AGUA
RUMBO A BURDEOS
COLOCANDO LAS MINAS
LOS ALEMANES, SORPRENDIDOS
HUIDA HACIA ESPAÑA
BALANCE DE LA MISIÓN

Capítulo 16

Operación Gunnerside: La «batalla del agua pesada»
EL AGUA PESADA
OPERACIÓN GROUSE
OPERACIÓN FRESHMAN
OPERACIÓN GUNNERSIDE
ASALTO A LA FÁBRICA
VUELTA A EMPEZAR
EL HUNDIMIENTO DEL *SF HYDRO*

Capítulo 17

La hora de la venganza: Un plan para matar a seis millones de alemanes

DESEO DE VENGANZA

LA PRIMERA ACCIÓN

«LOS VENGADORES»

UNA PROPUESTA RADICAL

PREPARANDO EL PLAN

CAMBIO DE PLANES

EL DÍA DE LA VENGANZA

Epílogo

Bibliografía

El que ama el peligro, en él perecerá.

Eclesiastés 3, 27

Introducción

La Segunda Guerra Mundial no sólo se libró en los campos de batalla, a pesar de lo que suelen reflejar los libros de Historia. La atención de los historiadores se centra habitualmente en ese aspecto, destacando la importancia trascendental de las decisiones estratégicas, los enfrentamientos entre ejércitos, los movimientos de tropas o las grandes ofensivas. Sin embargo, esa visión tan amplia del conflicto, en la que los hombres se cuentan por cientos de miles o incluso millones, no nos permite apreciar el papel que jugaron, o que aspiraron a jugar, reducidos grupos de combatientes, o incluso personas a título individual.

Si alguien piensa que el papel que podía jugar una persona anónima en un drama de las dimensiones colosales que alcanzó la guerra de 1939-1945 debía verse reducido forzosamente al de mero actor pasivo, la lectura de estas páginas hará que se vea obligado a cambiar de opinión.

Como se verá, durante la Segunda Guerra Mundial hubo personas corrientes que, imbuidas de una confianza ciega en sus posibilidades y de una asombrosa valentía, cuando no temeridad, se atrevieron a tomar decisiones que pusieron en juego su vida, en aras de defender la causa a la que habían decidido servir. Ya fuera integrando un pequeño grupo de asalto, convirtiéndose en espías o prestándose a protagonizar una operación casi suicida tras las líneas enemigas, estas personas se pusieron al servicio de sus gobiernos voluntariamente, decididos a acometer las misiones más peligrosas para ayudar a ganar la guerra.

Los distintos servicios de inteligencia organizaron esas operaciones secretas para golpear al enemigo en su flanco más débil. Pero para llevarlas a cabo fue necesario encontrar a esos hombres valientes y audaces, dispuestos a arriesgar su vida por cumplir la misión encomendada costase lo que costase. Aunque las posibilidades de perecer en el intento eran amplias, nunca faltarían voluntarios para ello.

En estas páginas el lector podrá encontrar osados golpes de mano, asaltos, secuestros, asesinatos o arriesgadas misiones de espionaje. Todos los que participaron en estas operaciones estaban convencidos de que su acción tendría un efecto trascendental en el curso de la contienda y que su nombre sería recordado para siempre; en caso de perder la vida, no les cabía duda de que su país sabría reconocer su sacrificio.

No obstante, en la mayoría de ocasiones, esa aportación a la victoria final no se produciría. Muchos de ellos resultarían muertos, heridos o capturados por el enemigo antes de alcanzar su objetivo. Aun en los casos en los que esos héroes consiguieron cumplir con la misión que se les había encomendado, sería frecuente que los resultados de su acción no diesen el fruto previsto por los que habían impulsado el plan. Tan sólo una pequeña parte de aquellos hombres audaces lograría imprimir un nuevo giro al curso del conflicto y conseguiría que su nombre quedase inscrito con letras de oro en el gran libro de la guerra.

Por primera vez, una obra reúne esas operaciones secretas sin cuyo conocimiento no se entendería el desarrollo de la contienda. Algunas de ellas son conocidas pero, aun así, permiten disfrutar de un relato cuya emoción y suspense rivaliza con los del mejor *thriller*. Otras permanecen todavía hoy rodeadas de incógnitas y puntos oscuros que el paso del tiempo no ha permitido despejar.

Por último, otras misiones demuestran que la mejor planificación no es garantía de éxito; la mala suerte y los imprevistos provocaron decepcionantes fracasos, que en los episodios aquí relatados significarían en muchos casos la muerte para sus valerosos

protagonistas. El sacrificio supremo que hicieron entonces quizás pudo haber resultado inútil, pero su testimonio de arrojo, valentía y coraje permanecerá vivo para siempre.

Parte I

Golpes de mano

Capítulo 1

Operación Archery: Asalto a la fortaleza de Hitler

Antes del amanecer del 27 de diciembre de 1941, unos barcos se adentraban con sigilo en un tranquilo y silencioso fiordo noruego. Con las primeras claridades del día, la tierra cubierta de nieve se recortaba en el mar. En la orilla sólo se veía el resplandor de la lumbre en las cabañas de los pescadores, preparándose para comenzar otra jornada de trabajo.

A bordo de los buques, medio millar de hombres, ateridos de frío pero confiados y resueltos, esperaban que llegase el momento de actuar. Habían embarcado tres días antes en Escocia y se encontraban cansados y mareados por la travesía, pero su ánimo estaba intacto. Tenían ante sí un excitante desafío con el que llevaban tiempo soñando; asaltar la fortaleza europea de Hitler.

En esos momentos, la Alemania nazi era dueña de casi toda Europa. Sólo Gran Bretaña había logrado resistir los embates de la implacable máquina de guerra germana, rechazando la terrible ofensiva de la Luftwaffe del verano y otoño del año anterior, pero en ese invierno de 1941 el resto del continente había hincado ya su rodilla ante el poder de la esvástica. Tras la invasión de los Balcanes y el avance incontenible de los *panzer* por las llanuras rusas, el Ejército Rojo estaba defendiendo con éxito Moscú, pero parecía muy lejano el día en el que Europa pudiera sacudirse de encima el aplastante dominio nazi.

Sin embargo, aquellos hombres en quienes el frío penetraba hasta los huesos estaban dispuestos a demostrar a Hitler que su dominio de Europa no era incontestable. La audaz acción que estaban a punto de lanzar sobre una aldea de la Noruega ocupada no dejaría de ser un pequeño alfilerazo en la gruesa piel de un poderoso paquidermo, pero aun así estaban decididos a poner en riesgo su vida para desafiar al todopoderoso *führer*.

La mayor parte de ellos habían estado en el infierno de Dunkerque y ansiaban desquitarse de la humillación sufrida un año y medio antes. Todos ardían en deseos de reencontrarse con el enemigo teutón; su ardor guerrero era tal que algunos oficiales creyeron necesario recordarles, antes de zarpar, las leyes de la guerra para evitar algún exceso.

Mientras los incursores comprobaban una vez más el perfecto estado de su equipo y se aprestaban a saltar a tierra en cuanto resonase la orden en cubierta, los barcos seguían avanzando por el fiordo en completa calma, sin ser descubiertos por los alemanes. El momento de la revancha, silenciosamente, había llegado.

UNA NUEVA FUERZA DE COMBATE

Uno de los capítulos más sugestivos de la Segunda Guerra Mundial es el de las operaciones llevadas a cabo por los comandos británicos, como la que estaban a punto de lanzar aquellos hombres en un lugar de la costa noruega. Aunque este tipo de misiones no llegaría a tener un peso apreciable en el desarrollo de la contienda, el primer ministro Winston Churchill fue partidario de recurrir a ellas, consciente de la importancia que podían tener para mantener alta la moral en esos momentos de hegemonía militar alemana en la Europa continental. Así, los británicos supieron rodear estas incursiones en territorio enemigo de una excelente cobertura propagandística, lo que llevó a la opinión pública aliada a

conceder a los comandos una relevancia que sobrepasaría con mucho a la que realmente poseyeron.

El origen de esta singular fuerza de combate hay que buscarlo el 4 de junio de 1940, cuando Churchill anunció ante una compungida Cámara de los Comunes que lo que quedaba del Ejército británico que había acudido a socorrer a holandeses, belgas y franceses se había retirado a las playas de Dunkerque y se aprestaba a su evacuación, lo que significaba dejar el continente en manos de Hitler. En torno a este puerto francés del canal de la Mancha se habían replegado las fuerzas británicas que habían escapado de la aniquilación a manos de la victoriosa Wehrmacht y su arrolladora guerra relámpago. A partir de ese momento, lo único que podía hacer era trasladar el mayor número posible de hombres de vuelta a las islas británicas.

La noche de esa funesta jornada, el teniente coronel Dudley Clarke, oficial del Estado Mayor de la Oficina de Guerra (*War Office*) británica, con veinte años de servicio y gran conocedor de la historia militar, comenzó a analizar qué habían hecho otras naciones en el pasado cuando sus ejércitos fueron batidos en el campo de batalla.

Clarke recordó que en la guerra de la Independencia de 1808-1814 los españoles habían respondido a los franceses invasores lanzando ataques relámpago tras las líneas enemigas con pequeños grupos de soldados irregulares ligeramente armados, las guerrillas. Cerca de un siglo después, los colonos holandeses resistieron al avance de las tropas británicas durante la guerra de los Bóers empleando esa misma estrategia. En 1936, en la Palestina ocupada por los británicos, estos se habían visto hostigados seriamente por grupos de árabes mal armados, pero capaces de poner en jaque a tropas regulares gracias a su gran movilidad y conocimiento del terreno.

El teniente coronel Clarke pensó que, si entonces Gran Bretaña había sido objeto de esa guerra irregular, ahora que ella debía enfrentarse a un enemigo superior podía emplear en su beneficio ese

medio de hacer la guerra tan poco ortodoxo como efectivo. Así pues, Clarke decidió diseñar un plan para la creación de una nueva fuerza destinada a desenvolverse de forma similar a como lo habían hecho esos movimientos guerrilleros históricos. Buscando un nombre para esas tropas de nuevo cuño, Clarke, sudafricano de nacimiento, tomó prestado el nombre que habían adoptado los bóers: «Comandos», una palabra afrikáner que significa ‘unidades militares’.

Al día siguiente, Clarke presentó la propuesta a su superior, el jefe de Estado Mayor sir John Dill, consistente en un plan detallado para asestar golpes de mano en el continente con el objetivo de forzar a los alemanes a distraer fuerzas para proteger las costas de su fortaleza europea, retirándolas así de otros teatros de guerra. Dill acogió la idea con entusiasmo. La idea de Clarke fue trasladada ese mismo día a Churchill, que captó de inmediato las grandes posibilidades que se abrían en un momento en el que era necesario más que nunca despertar el espíritu ofensivo del ejército, abatido tras la tan rápida como inesperada derrota que había tenido su colofón con la evacuación de Dunkerque.



Comandos británicos adiestrándose en la lucha cuerpo a cuerpo, indispensable para las incursiones en territorio enemigo que les serían encomendadas.

Un día después, Churchill presentó un memorándum ante el gabinete de guerra en el que se apostaba por poner en práctica la propuesta de Clarke. El *premier* británico, siempre tan expresivo, habló de «crear un reinado de terror en la costa enemiga» y de lanzar una «ofensiva contra todo el litoral ocupado por los nazis que deje detrás un reguero de cadáveres alemanes».

Churchill supo transmitir su entusiasmo a los miembros del gabinete y la propuesta fue aceptada. Se creó así el Departamento MO-9 de la Oficina de Guerra, que sería conocido con el nombre de «Comandos», aunque muchos oficiales preferirían denominarlo «Servicio Especial» (*Special Service*); ambos nombres serían empleados indistintamente hasta el final de la guerra. Si esa reunión se celebró durante la mañana, por la tarde Clarke ya estaba trabajando en

el proyecto; se le encargó que preparase una incursión lo más pronto posible.

Con toda seguridad, cuando dos días antes a Clarke se le ocurrió la idea de lanzar una guerra de guerrillas contra los alemanes, no imaginó que su idea fuera a ponerse en práctica tan rápido. Pero la amenazadora situación a la que debía enfrentarse Gran Bretaña, con las tropas alemanas firmemente asentadas en la otra orilla del canal de la Mancha y preparándose ya para el asalto a la isla, favorecía la apuesta por esas ideas novedosas, más aún después del fracaso que el ejército convencional había cosechado en el continente. Había llegado la hora de una nueva mentalidad, de nuevas tácticas y de nuevos hombres; era el momento de los comandos.

DECEPCIONANTE DEBUT

Una vez creado el cuerpo de Comandos con voluntarios de las desactivadas Compañías Divisionales Independientes (*Divisional Independent Companies*) que habían servido en Noruega, se comenzó a diseñar su primera acción en territorio enemigo para comprobar así su potencial con vistas a operaciones más importantes. Churchill demostró su confianza en esta nueva unidad ordenando que fuera equipada con el armamento más moderno, lo que hizo aumentar aún más el optimismo en el que se desarrollaban los preparativos para su bautismo de fuego.

En tan sólo tres semanas, Dudley Clarke ya estuvo en condiciones de cumplir la misión que le había sido encomendada por el primer ministro. La incursión al otro lado del canal de la Mancha tendría lugar la noche del 24 de junio. Un total de ciento quince hombres, a bordo de cuatro botes de rescate de la fuerza aérea británica (*Royal Air Force, RAF*), cruzaron el canal rumbo a la costa francesa. Su objetivo era atacar cuatro puntos al sur de Boulogne para poner a prueba las defensas alemanas y capturar unos cuantos enemigos.

Sin embargo, el resultado de la incursión no pudo ser más descorazonador. Uno de los botes llegó a tierra y sus tripulantes se dedicaron a vagar por una zona desértica, sin encontrar rastro de ningún soldado alemán; aburridos de deambular por entre las dunas, decidieron subir de nuevo al bote y regresar. La segunda lancha acabó llegando a un embarcadero de hidroaviones alemanes; viéndose en clara inferioridad en caso de que se entablase un combate, optaron también por volver a la costa inglesa. El tercer bote, al menos, consiguió eliminar a dos centinelas alemanes. Llevados por su euforia, regresaron de inmediato, pero de inmediato se vio que su acción había sido completamente inútil; no les habían registrado los bolsillos para obtener algún documento de valor y ni tan siquiera habían descubierto lo que aquellos centinelas estaban encargados de vigilar. Y, por último, los tripulantes de la cuarta lancha, con problemas en su brújula, a punto estuvieron de meterse de lleno en el puerto de Boulogne, fuertemente defendido por los alemanes; llegaron finalmente a una playa, en la que desembarcaron, pero fueron descubiertos por una patrulla de alemanes en bicicleta. Se entabló un tiroteo en el que un soldado británico resultó herido, aunque pudieron finalmente alcanzar de nuevo la embarcación y poner rumbo a Inglaterra.

Para colmo, el regreso de los botes no sería precisamente heroico. Al tratarse de una misión secreta, las autoridades portuarias no habían sido avisadas de la llegada de las lanchas. A una de ellas se le negó la entrada a puerto hasta que se comprobase la identidad de los tripulantes. Este tiempo de espera fue aprovechado por los comandos para dar buena cuenta de unas botellas de ron que había en el botiquín del bote, destinadas a reanimar a los aviadores que habían caído al mar. Cuando a los soldados se les permitió desembarcar, casi no podían mantenerse en pie; la policía militar sospechó que se trataba de desertores, por lo que acabaron durmiendo la mona en un calabozo.

Cuando los detalles de esta desastrosa operación llegaron a la Oficina de Guerra, se llegó a la conclusión de que una acción de ese tipo

no podía improvisarse, tal como había sucedido en este caso. Era necesario establecer una selección y un entrenamiento especial para evitar que se volvieran a cometer esos errores de bulto. Los potenciales reclutas debían ser una mezcla de «piratas, gánsters y miembros de una tribu india», según las anotaciones de Dudley Clark.

Los hombres que serían admitidos en ese cuerpo de reciente creación responderían todos a un perfil muy definido; eran independientes, excéntricos, idealistas y, sobre todo, poseedores de una valentía que rozaba la temeridad. Todos eran conscientes de las dificultades que entrañaba participar en una acción en territorio enemigo, en el que el retorno no estaba asegurado. Además, sabían de antemano que, de ser capturados por los alemanes, tendrían muchas posibilidades de acabar ante un pelotón de ejecución.

Los programas de entrenamiento de esa nueva fase del cuerpo de Comandos serían tan atípicos como exigentes, prescindiendo de las normas y reglamentos convencionales del Ejército. Por ejemplo, los reclutas no podían dormir ni comer en los cuarteles y se les entregaría una pequeña asignación para que trataran de «vivir sobre el terreno». Esas novedades despertaron suspicacias entre los militares más tradicionales, pero aun así la Oficina de Guerra siguió confiando en el potencial de la nueva fuerza.

Así, el 14 de julio de 1940 los comandos dispusieron de una segunda oportunidad. Esa noche, un centenar de ellos se aproximó en lanchas de desembarco botadas desde dos destructores a la isla de Guernsey, cercana a la costa francesa, en poder de los alemanes. Un error de orientación hizo que una lancha acabase frente a un acantilado y una avería obligó a otra a regresar. Sólo cuarenta hombres desembarcaron en la isla; consiguieron llegar a los objetivos señalados, un campo de aviación y un cuartel, pero los encontraron abandonados por los alemanes. Sin posibilidades de hacer prisioneros, al final tuvieron que conformarse con llevar a cabo una acción de sabotaje consistente únicamente en cortar tres cables telegráficos.

Las grandes expectativas puestas en esta segunda operación, mejor preparada que la desastrosa acción contra el puerto de Boulogne, se habían esfumado; el balance final del asalto a la isla de Guernsey había sido casi tan decepcionante como el primero.

EL PRIMER ÉXITO

A pesar de las mejoras introducidas en el reclutamiento y el entrenamiento de los comandos, el estrepitoso fracaso de la incursión sobre la isla de Guernsey reveló que una fuerza de este tipo requería de una organización más compleja, capaz de trabajar de manera coordinada con la RAF y la Marina Real (Royal Navy).

Así, tres días después de esa operación, el 17 de julio de 1942, se puso al veterano almirante sir Roger Keyes al frente del Cuartel General de Operaciones Combinadas (*Combined Operations Headquarters*), que debía coordinar ese tipo de ataques realizados por los comandos. La avanzada edad de Keyes no supuso un obstáculo para su elección, aunque no dejaba de sorprender que un cuerpo de reciente creación, que tendría que regirse por criterios innovadores, fuera encomendado a alguien que podía verse lastrado por su pasado. A cambio de ese supuesto punto débil, Keyes gozaba de un enorme prestigio en el estamento militar y además era sumamente popular entre la gente, lo que podía servir para dar un fuerte impulso de salida a esta nueva unidad.

El flamante jefe de Operaciones Combinadas podía presentar un currículum tan abultado como brillante, que se remontaba a principios de siglo. Keyes había luchado en China durante la rebelión de los bóxers y se convertiría en un héroe durante la Primera Guerra Mundial. Fue oficial de submarinos y mandó un acorazado. En la primavera de 1918, Keyes dirigió una incursión marítima contra la base de submarinos alemanes en Ostende, en la que consiguió bloquear la salida del puerto hundiendo en la bocana unos barcos de cemento.

A pesar de la escasez de armas y materiales, Keyes confiaba en reeditar la gloria obtenida durante la Gran Guerra, en este caso al frente de los comandos, y en acciones similares a la que él protagonizó en Ostende. Sin embargo, inesperadamente, el prestigio de Keyes no le sirvió para obtener el apoyo total de la Oficina de Guerra en su tarea, lo que obligó a la intervención personal de Churchill, quien logró que el almirante saliera reforzado de su disputa con los burócratas.

Dentro del proceso de organización de la unidad llevado a cabo por el almirante Keyes, en noviembre de 1940 se constituyó la Brigada de Servicios Especiales (*Special Service Brigade*), formada por dos mil hombres y organizada en comandos, numerados del 1 al 12. Los voluntarios fueron sometidos a un durísimo entrenamiento en las Highlands escocesas. Tras varios meses de adiestramiento, los hombres estaban deseosos de entrar en acción, pero los sucesivos aplazamientos acabaron minando la moral, extendiéndose entre los comandos un sentimiento de frustración.

Pero en febrero de 1941 llegaría el esperado momento de poner en práctica las habilidades entrenadas una y otra vez en Escocia. Los comandos 3 y 4 participarían en un asalto a las islas Lofoten, situadas en la costa noruega, cerca del Círculo Polar Ártico. El objetivo de la incursión era destruir las fábricas de aceite de pescado que había allí instaladas. En estas fábricas, además de producir aceite de arenque y de bacalao, se procesaba gran parte de él para obtener glicerina, que se empleaba en la fabricación de los explosivos alemanes. Además, también se preparaban unas píldoras de vitaminas A y B que eran suministradas a las fuerzas armadas alemanas, la Wehrmacht. El objetivo era modesto, pero podía resultar un excelente banco de pruebas para comprobar si los comandos estaban preparados para afrontar empresas más ambiciosas y, en todo caso, siempre y cuando la operación fuera un éxito, iba a suponer un golpe psicológico a los alemanes además de una inyección de moral para los británicos.

Así, la fuerza de asalto zarpó de la base naval escocesa de Scapa Flow en la medianoche del 1 de marzo de 1941. El convoy constaba de dos buques de transporte de tropas, con medio millar de comandos a bordo, y cinco destructores. El viaje fue largo y pesado; durante los tres días que duró la travesía los hombres sufrieron un frío intenso, imposible de atemperar a pesar de toda la ropa de abrigo que llevaban encima, y tuvieron que soportar mareos a causa del balanceo de los buques en las agitadas aguas del mar del Norte.

Los barcos alcanzaron su objetivo en la madrugada del 4 de marzo. Los comandos bajaron a las lanchas de desembarco y se dirigieron a las dos islas en donde se levantaban las fábricas de aceite de pescado. Aunque estaba todo en calma, los soldados británicos no las tenían todas consigo, pensando que podían ser objeto de una emboscada por parte de los alemanes.

La tensión iba en aumento conforme se acercaban más al muelle en el que tenían previsto desembarcar. Existía un fundado temor entre los comandos a que esa tranquilidad fuera debida a que se estuvieran dirigiendo hacia una trampa urdida por los defensores germanos. Pero cuando los británicos llegaron al puerto se encontraron con una sorpresa que nadie había podido imaginar: cientos de noruegos se arremolinaban en el muelle para dar la bienvenida a los incursores. Ante la estupefacción de los comandos, los civiles les tendían la mano para ayudarles a salir a tierra.

Los británicos nunca hubieran soñado con disfrutar de un desembarco tan plácido. Mientras tanto, no había ni rastro de las tropas alemanas. Inexplicablemente, la guarnición germana de las Lofoten se limitaba a dos centenares de hombres de los que la mayoría eran marinos mercantes; todos ellos se entregarían sin combatir. La única resistencia al asalto la protagonizó un pesquero artillado alemán que, sin ser consciente de su inferioridad en esas circunstancias, intentó plantar cara él solo a los cinco destructores; su gesto suicida le valió ser atacado y hundido en apenas unos minutos.

Los comandos británicos se apoderaron de la estación de telégrafos y de la central telefónica, mientras el Cuerpo de Ingenieros iniciaba los trabajos de demolición de las dieciocho fábricas de pescado que había en la zona, junto a unos grandes tanques de almacenamiento de fueloil. Así, comenzaron a retumbar las explosiones que iban convirtiendo en ruinas humeantes las plantas procesadoras de aceite y los depósitos de combustible. Con el desembarco de los británicos, los habitantes de las Lofoten vieron llegada su hora de tomarse la revancha por las humillaciones pasadas bajo la ocupación germana y se aprestaron a denunciar a los colaboracionistas.

En la operación hubo también lugar para el proverbial humor inglés. Antes de destruirla, a un teniente se le ocurrió enviar desde la estación de telégrafos acabada de capturar un telegrama con un destinatario singular:

Adolf Hitler, Berlín. En su último discurso usted dijo que las tropas alemanas saldrían al encuentro de los ingleses donde quiera que estas desembarcasen. ¿Dónde están sus tropas?

Se desconoce si el telegrama llegó finalmente a manos de su destinatario, pero es de suponer que, de haber sido así, con toda seguridad el *führer* tuvo que sufrir uno de esos irrefrenables ataques de cólera a los que era tan propenso cuando venían mal dadas.

Poco después del mediodía, la misión se dio por concluida. Los soldados regresaron a sus botes; mientras las lanchas de desembarco se alejaban del puerto, los noruegos permanecían en el muelle eufóricos cantando su himno nacional, a pesar de que los incursores acababan de destruir su principal fuente de sustento. Los barcos británicos regresarían con muchos más pasajeros que los que iban en el viaje de ida; a los comandos había que sumar doscientos dieciséis prisioneros alemanes y trescientos catorce noruegos que se habían ofrecido voluntarios a luchar junto a los aliados.